

CAPÍTULO XXV

LOS BORBONES

En el momento de morir, sin inspirar ni pesar ni lástima, Enrique III recomendaba á los suyos ascender al trono al rey de Navarra, y decía á este príncipe: «Nunca lo conseguireis si no os hacéis católico.» En efecto, la línea de los Valois se había extinguido, la herencia real recaía en Enrique de Borbon, aunque no fuese su pariente sino en el grado vigésimo segundo. Pero en lugar de gritarse como de costumbre, *el rey ha muerto y viva el rey*, los ánimos permanecían indecisos. ¿Habían de seguir unidos al príncipe apóstata, á pesar de la escisión, los católicos que formaban parte del ejército? ¿Se habían de resolver los príncipes de la sangre á reconocerle? ¿Qué partido adoptar con aquellos que le habían ofendido con sus correligionarios que temían verse abandonados por él? ¿El mismo qué debía hacer? Si se declaraba en favor de los hugonotes, perdía el apoyo de los católicos y daba á la Liga una nueva fuerza; si se entregaba á los católicos, le quedaban muy pocas tropas. Comprometiéndose, sin embargo, con ellos, á hacerse instruir en su fe, á devolver á los eclesiásticos los bienes arrebatados por los protestantes, á no permitir el ejercicio del nuevo culto sino en los lugares donde era ya tolerado. En su consecuencia, varios príncipes le reconocieron por rey bajo el nombre de Enrique IV, otros permanecieron con los descontentos; pero muchos exclamaban: «Sois el rey de los valientes, y sólo los cobardes os abandonarán.»

Regocijose la Liga, sin sonrojo, de la muerte de Enrique III. La duquesa de Montpensier, que había contribuido activamente á fomentar aquellos encarnizados odios, y que se alababa de haber hecho más con sus predicadores que todos los de la Liga juntos con sus intrigas y armas, corrió á París, anunciando la feliz nueva, y haciéndola proclamar desde los pulpitos. El bienaventurado mártir Jacobo Clemente llegó á ser, como su madre, el

objeto de un culto público, y se cantaba en las iglesias: «¡Bendito sea el vientre que te ha concebido; el seno que te ha amamantado!» Como el hereje bearnés no podía ser consagrado rey, el duque de Guisa había muerto, y Mayena no ambicionaba la corona, queriendo mejor dominar á la capa de otro, el cardenal de Borbon, prisionero entonces de Enrique IV, fué proclamado con el nombre de Carlos X. Pero la fortuna coronó los esfuerzos y generosidad de Enrique IV, que animó á sus soldados, peleando él mismo como uno de ellos: «Si perdeis vuestras banderas, les dijo, reunidos en derredor de mi penacho blanco.» En un momento en que los veía huir: «¡Volved caras! les gritó. Si no queréis pelear, al menos me vereis morir.» Y en medio de la victoria: «Camaradas, les dijo, perdonad á los franceses!» Así fué, que aunque Mayena había prometido llevarlo preso á Paris, donde se habían alquilado las ventanas para verle pasar, Enrique IV, vencedor de los de la Liga en Arques (1) y en Ivry, se presentó de nuevo á bloquear á Paris en donde reinaba el mayor desorden. El papa se mostraba de mala gana hostil á un príncipe, cuya conversion esperaba. Mayena no tenía bastante resolución para ser un jefe de partido, y, según la expresión de Sixto Quinto, *empleaba más tiempo en comer que Enrique en dormir*. El rey de España prodigaba el dinero con la esperanza de conseguir la corona para un príncipe de su familia: ya hablaba con tono de amo, y el fanatismo de los Diez y seis le servía perfectamente. Pero formóse

(1) La tarde de aquella batalla escribía á Crillon: *Ahorcate, valiente Crillon, hemos peleado en Arques y no estabas. Te amo con razon ó sin ella. Este es el mismo Crillon, de quien Enrique IV decía cuando fué rey. Vé ahí el más valiente de mi reino.—Mentis, señor, replicó, sois vos.*

en oposicion á la faccion española, un partido francés que multiplicó las divisiones intestinas.

Había en la ciudad doscientas treinta mil personas y víveres para un mes; sin embargo, el oro de España y las exhortaciones de la duquesa de Montpensier hicieron sufrir con paciencia tan crueles penalidades. Fanáticos predicadores clamaban incesantemente contra el Bearnés; lo que hacia decir á Enrique IV: «Todo mi mal procede del pulpito.» Concluyeron por no tener otra cosa que comer que una mezcla de heno, paja y huesos pulverizados, al que se le llamaba *pan de madama de Montpensier*. Enrique IV queria evitar un asalto á la ciudad con la esperanza de que el hambre obligaría á los parisienses á rendirse. En el interin, socorria las desgracias famélicas y acogia las bocas inútiles que le enviaban (2). Alejandro Farnesio, duque de Parma, héroe contemporizador, llegó de los Países-Bajos con veinte y cinco mil soldados españoles; levantó el bloqueo de la ciudad, entró en ella víveres, y se volvió vencedor sin haber peleado. Entonces declaró la Sorbona pecado mortal y digno de escunion tratar con el Bearnés, ó creer que el trono de Francia pudiese darse á un hereje. El nuevo pontífice Gregorio XIV (1590), afecto á Felipe II, mandó á los de la Liga armas y dinero, y declaró á Enrique IV hereje relapso, y escomulgó á todo el que le siguiese favoreciendo. Pero sus bulas fueron quemadas por el verdugo, y batidas las tropas.

Entre tanto la misma Liga se dividia en varios partidos. Apoyados los Diez y seis por la España, ejercian una verdadera tiranía, asesinandose entre sí y enviándose alternativamente unos á otros al suplicio; pero en fin, Mayena se decidió á reprimirlos, y los depuso y castigó. Habiéndose convocado entonces los Estados Generales, el rey de España intrigó abiertamente para hacer que diesen la corona á un príncipe austriaco; pero horrorizados los franceses con semejante peligro, disminuyeron considerablemente la aversion que les inspiraba Enrique IV. Este decía al cardenal de Gondí y al arzobispo de Lion: «Daría un dedo por dar una batalla, y dos por la paz general; pero es imposible hacer lo que me pedis, quiero á mi ciudad de Paris, mi hija mayor, mi enamorada; por lo cual, quiero concederle más perdon y compasion que lo que reclama. Pero quiero que me esté reconocida, y que sepa que recibe este bien de mi clemencia, no del duque de Mayena, ni del rey de

(2) Decía que, *quisiera mejor no tener á Paris, que haberle arruinado con la muerte de tantas personas. Unos campesinos, á quienes habia puesto presos por llevar granos á Paris, y á quienes se les llevaba á la horca, encuentran á Enrique, á quien manifiestan que no han obrado así por maldad, sino por no tener otro medio de ganar su vida; ¡Perdon, perdon! exclamó Enrique, y metiendo la mano en su bolsillo, les dió el poco dinero que tenia sobre sí, añadiendo: el Bearnés es pobre, os daría más si pudiera.*

España... Soy el verdadero padre de mi pueblo, me asemejo á la verdadera madre de Salomon. Preferiria casi no tener á Paris, que haberle arruinado y asolado con la muerte de tantos pobres. Por el contrario, á los de la Liga no repugna el que Paris se vea destrozado, con tal de que tengan una parte de él. Hasta casi son todos españoles ó *españolizados*. No se pasa día sin que los arrabales de Paris no tengan que sufrir una pérdida de cincuenta mil libras, de los soldados que los destruyen, sin calcular el número de los desgraciados que mueren. Además, monseñor cardenal, debéis tener lástima, pues son vuestras ovejas, de cuya sangre, hasta de la última gota, debéis dar cuenta á Dios; y vos tambien, monseñor de Lion, que sois el primado de los obispos. No soy buen teólogo, pero sé lo suficiente para deciros, que Dios no quiere que trateis de esa manera al pobre pueblo que os ha confiado, aun cuando fuera para complacer al rey de España, á Bernardino de Mendoza, y al legado... Pagareis la pena en el otro mundo. ¿Y cómo esperais convertirme á vuestra religion, si haceis tan poco caso de la vida de vuestras ovejas? Esta es una pobre prueba de vuestra santidad, que poco me edifica...»

Estraviado el buen sentido por las argumentaciones escolásticas y por fanáticas exclamaciones, volvió á la verdad por la *Sátira menipea*. Cuatro ó cinco hombres de buen humor, admiradores de Rabelais y de los antiguos, comenzaron á lanzar libremente entre las risas y los vasos invectivas mortales contra la Liga. Censurando todos los actos, mezclaron á Aristófanes y á Luciano, á los jesuitas y á Lutero, á Mayena y á Gargantua, al Evangelio y al Digesto, y trasformaron el partido de los Guisas y el de España en dos charlatanes. Esta obra popular, cual no la hubo nunca, ofrece bajo la fisonomía de cada uno de los actores de la Liga, una de las pasiones humanas, tanto, que en medio de los accidentes pasajeros las tendencias eternas de la vida se encuentran reveladas en ella. El pueblo no conocia más que la parte más ligera; pero le tocaba á lo vivo y contestaba á estos llamamientos, hechos á su buen sentido, en aquellas páginas que hacian resaltar á sus ojos las exageraciones de los de la Liga, la ferocidad de los Diez y seis, y el peligro de sucumbir bajo la dominacion extranjera.

Por otra parte de continuo se repetian las palabras ingeniosas, militares, generosas y benévolas de Enrique IV, y las proclamas redactadas por Mornay, en las que la elocuencia era hija de la nobleza de sentimientos. Sin razon nos representáramos á este príncipe, como á un atrevido pensador, sin creer en nada, y para quien una ú otra religion era indiferente: sus cartas nos prueban que deseaba conocer la verdad en negocios de tan gran importancia (3). Había concebido hacia al-

(3) Se encuentra en la preciosa Coleccion de cartas mi-

gun tiempo desconfianza, con respecto á los jefes protestantes, pues habia notado que trataban de desmembrar el reino, resucitando el feudalismo y la dominacion de las aristocracias. Reconocia, por el contrario, que habia entre los católicos personas honradas, partidarias de la nacionalidad y de la monarquía; y descubrió lo que una política capciosa habia ocultado á sus predecesores, es decir, que debia buscar apoyo, no en una nobleza dividida y turbulenta, sino en el pueblo, compadeciéndole por los males, que habia sufrido, llamándole á tomar las armas, no en favor de los católicos ni de los hugonotes, sino en nombre de las miserias propias, en favor de la Francia contra los trastornadores de todos los partidos, y por el restablecimiento de la paz y de la justicia. En su consecuencia, fuese cálculo por su parte ó sentimiento, abjuró segunda vez del protestantismo (1593), para seguir la religion de su abuelo, resultando que su partido se aumentó diariamente, y concluyó por hacerse consagrar en Chartres (1594).

Destruído ya el pretexto, del cual se servian los demócratas de París para escluir del trono al heredero legítimo, salió Mayena de París, y el pueblo comenzó á gritar: ¡Viva Enrique! Su entrada en

*sivas de Enrique IV*, publicadas por M. BERGER DE XIBREY. París, 1843, la que dirigia en 1583 al arzobispo de Ruan, en los términos siguientes: «Primo mio, he recibido vuestra carta, y creo en el afecto que me profesais, y que la grandeza de nuestra casa os hace manifestar. La noticia que decís de mi propósito de ir á la corte, es cierta. Siempre que encuentre más utilidad en el servicio del rey en ir que en permanecer aquí, estaré dispuesto á marchar; y las cosas, gracias á Dios, toman tal giro por aquí, que espero que sea pronto. Pero sobre lo que añadís de que, para agradar á la nobleza y al pueblo, seria preciso que cambiase de religion, y me presentais inconvenientes sobre obrar de otra manera, creo, primo mio, que las personas honradas de la nobleza y del pueblo, que deseo aprueben mis acciones, me amarán más, profesando una religion que sin ninguna. Y tendrán ocasion de creer que no la profeso, ni sin más que consideraciones mundanas (pues las demás no se alegan en vuestras cartas), me ven pasar de una á otra. Decid, primo mio, á los que os dicen tales cosas, que la religion, si han sabido nunca lo que es, no se muda como camisa, porque está impresa en el corazon, y gracias á Dios, tan impresa en el mio, que no me es posible separarme de ella, como no me era al principio el entrar, procediendo esta gracia sólo de Dios, y no de otra parte. Me alegais que puede suceder algo al rey y á Monseñor. Nunca permito á mi imaginacion prever tanto en casos que no me es decoroso prevenir ni evitar, y no cifrar mi grandeza en la muerte de aquellos á quienes debo mi servicio y vida. Pero cuando Dios lo hubiera así dispuesto (sea lo que fuere), el que hubiera abierto esta puerta, con la misma providencia y saber sabria allanarnos el camino; porque por él es por quien reinan los reyes y tienen en su mano el corazon de los pueblos. Creedme, primo mio, el curso de vuestra vida os enseñará que lo mejor es entregarse en manos de Dios, que todo lo dirige, y no castiga nada con tanta severidad como abusar del nombre de la religion. Esta es mi intencion, en la que espero que Dios me mantendrá.»

la capital fué el más hermoso triunfo con que haya sido nunca honrado un rey. Como los que le escoltaban quisiesen rechazar á la multitud: *Dejadlos acercarse*, dijo, *desean ver á un rey*, y añadía: *Vengo con el olvido de los errores y el recuerdo de los servicios*. Hasta á los soldados, deseosos de venganza, supo inspirarles los sentimientos de que estaba animado, para convertirlos en instrumentos de su clemencia; así es, que cuando se les designaban sus más tenaces enemigos: *No conocian á nuestro buen rey*, contestaban. Algunos habitantes habian creído deber poner barricadas en las puertas de la ciudad; pero Enrique IV exclamó: «¡No más barricadas! si no creen en mi perdon ó se juzgan indignos de él, que acompañen al embajador de España ó al cardenal legado.» Después, cuando aquellos dos dignatarios se retiraron con las tropas, les gritó desde la ventana: «Nuestros recuerdos á vuestro amo, y no volvais nunca.» Aquella misma tarde, jugaba á los naipes con la duquesa de Montpensier.

La anécdota adquiere importancia por sí misma con respecto á un rey tan lleno de bondad, y á quien no se admira, porque se le ama.

En este estado, Clemente VIII, «con objeto de no perder la Francia por lentitud, como Clemente VII habia perdido la Inglaterra por precipitacion,» reconcilió á Enrique IV con la Iglesia (4). Las ciudades del reino siguieron el ejemplo de París; los señores que habian esperado hacerse independientes en las provincias se sometieron; los españoles volvieron á la carga, pero fueron batidos; y al fin, el mismo Mayena se entregó á merced del rey. Estaba estremadamente grueso; y después de haberlo cansado el rey en un paseo muy rápido, le dijo riéndose: *Este será el único mal que os haré*.

No era preciso menos para tranquilizar tantas facciones que semejante clemencia, y un reinado de buen sentido, buen humor, lealtad y economía. Todos tenian en la corte antiguos odios, el recuerdo de pasados ultrajes, y el sentimiento de una autoridad perdida; el rey no hubiera podido hartarlos de honores y riquezas; pero se mostraba sincero y afable con respecto á ellos; procuraba distraerlos con la relacion de sus hazañas, el juego y penosas cacerías. Contestó á uno que le aconsejaba un acto arbitrario: «Dos amos me lo prohiben, Dios y la ley.» Se comparaba, cuando daba empleos á antiguos enemigos, al químico que extrae de los venenos sus antidotos, y decia, que la satisfaccion de la venganza dura un momento, al paso que la de la clemencia es eterna. Como se admirase el embajador turco del pequeño número de sus guardias: «Donde reina la justicia, contestó, es inútil la fuerza.»

Tuvo por amigos á dos hombres ilustres que le

(4) La columna de la plaza de Santa Maria la Mayor en Roma, fué erigida en memoria de este acontecimiento.

secundaron poderosamente, á Felipe de Mornay, señor de Plessis, y á Maximiliano de Bethune, marqués de Rosny, después duque de Sully. El primero, historiador protestante (1549-1623), guerrero consumado, administrador economista, político profundo y sincero, comprendió desde luego que las virtudes á medias no bastaban contra el desborde de la época; daba preceptos á su rey como un maestro á sus discípulos, pero como maestro lleno de sentido y nobleza (5). Quería dirigir á Enrique IV de que abjurase, al paso que Sully (1560-1641), celoso calvinista, pero de una política más acomodaticia, le daba consejos contrarios. Hombre de guerra, y sin embargo instruido en las artes de la paz, dirigiendo sus miradas al conjunto de las cosas sin descuidar los detalles, Sully ilustraba al rey con sus consejos sin hablar á sus pasiones, á las que contradecía de frente. Evitó las generalidades especulativas para atenerse á la realidad y á lo que le parecia el bien del país: veía tambien la necesidad de ponerse de parte del pueblo para deprimir á la nobleza que se interponia entre éste y el rey; y procuraba constantemente hacer economías y ordenarlo todo; cosa tan sumamente difícil después de tantos abu-

(5) Durante su embajada á la corte de Enrique III en 1584 le escribia: «Señor, el mismo Dios os ha inspirado cuando tomásteis en Pau la resolucion de revelar al rey las conspiraciones que se tramaban contra su Estado, á pesar de las consideraciones políticas que hubieran podido disuadirlos de ello. Desde entonces habeis merecido toda su confianza en un tiempo en que S. A. R., herido de una enfermedad mortal, os deja el puesto de heredero presunto de la corona, pero tened presente que en este momento Francia y Europa tienen fijos los ojos en vuestra majestad. Debeis arreglar de tal modo vuestra vida y vuestras acciones, que no solamente no pueda el pueblo reconveniros por nada sino que tenga que alabaros en todo. Créo, señor, que el rey reconoce vuestro respeto hácia él, los príncipes vuestra fraternidad, los parlamentos vuestro amor á la justicia, la nobleza vuestra grandeza de ánimo, el pueblo vuestra actividad y deseo de su bienestar, el clero vuestra moderacion, vuestros enemigos vuestra clemencia é indulgencia, y todos hallan en vos un carácter exento de perfidia, de disimulo, de deseo de venganza, de rencor; virtudes que son en vos, no adquiridas, sino naturales. Es necesario que vuestra casa muestre esplendor, dignidad vuestros consejos, vuestra persona gravedad y vuestras acciones uniformidad y constancia. Y digo esto, señor, porque hasta ahora se ha contentado vuestra majestad con el testimonio de su conciencia para contrarestar la calumnia; pero si este modo de vivir seria propio y conveniente para un particular, el cual no tiene obligacion de dar cuenta más que de lo que él hace, vos que habeis nacido para todos, debeis tener no sólo virtudes y prudencia, sino tambien fama de prudente y virtuoso. Permitid una palabra más, oh señor, á vuestro fiel servidor; esos amores tan públicos, en que empleais tanto tiempo, no son convenientes: y ahora importa que hagais el amor á Francia, y obtendreis de ella favores honestos y legítimos, cuando Dios, el derecho, el órden y la sucesion os llaman al trono.»

Sus *Memorias* son muy importantes y están llenas de buena fe. Véase tambien á MIRABEAU, *Elogio de Sully*, 1789.

sos y desconcierto, que sólo su obstinacion hubiera podido conseguirlo.

Enrique IV habia recobrado su reino; pero pobre, destrozado y trastornado. Una deuda de 330.000.000 pesaba sobre el Estado, cuyas rentas no escedian de 30.000.000: aun se pagaba más en la recaudacion ó se malgastaba por los abusos rentísticos. Habiéndose reunido los Estados en Ruan para poner remedio, Enrique IV les dirigió estas palabras: «Si tuviese á gloria pasar por un excelente orador, me hubiera presentado aquí más bien con hermosas palabras que con buena voluntad; pero mi ambicion se dirige á alguna otra cosa más elevada que á hablar bien: aspiro al glorioso título de libertador y restaurador de la Francia. Ya, por favor del cielo, por los consejos de mis fieles servidores, y por la espada de mi valiente y generosa nobleza, la he sacado de la servidumbre y de la ruina. En el día deseo devolverle su primera fuerza y su antiguo esplendor. Tomen parte mis súbditos en esta segunda gloria, como han participado de la primera. No os he llamado aquí, como hacian mis predecesores, para obligaros á aprobar ciegamente mis voluntades; os he hecho reunir para recibir vuestros consejos, crearlos y seguirlos; en una palabra, para ponerme á tutela en vuestras manos. Este es un deseo que no tienen los reyes, los ancianos y los victoriosos como yo; pero el amor que profeso á mis súbditos, y el estremo anhelo que tengo de conservar mi Estado, me lo hacen creer fácil y honroso.» La asamblea no propuso, como sucede comunmente, más que medidas insuficientes.

Las cartas dirigidas por Enrique IV á Sully, rogándole entrase en el consejo de hacienda, son muy curiosas. Después de haber discutido la condicion general del reino añade: «...Quiero deciros el estado á que me encuentro reducido, que es tal, que estoy muy próximo á los enemigos, y no tengo casi un caballo en que poder pelear, ni arneses completos que ponerle; mis camisas están rotas, mi jubon lleno de agujeros y sin tener que comer; hace dos días cenó y cómo ya en casa de unos ó en casa de otros; mis proveedores dicen no pueden proporcionarme ya nada para mi mesa, tanto más cuanto que hace seis meses que no han recibido dinero. En vista de esto, juzgad si merezco ser tratado de esta manera, y si debo sufrir más tiempo que los rentistas y tesoreros me dejen morir de hambre, y ellos tengan buenas y bien servidas mesas; que mi casa esté llena de necesidades, y las tuyas de riqueza y opulencia, y si no estais obligado á venir á asistirme con lealtad como os lo ruego (6).

Sully, en efecto, se dispuso á reorganizar la hacienda. Era preciso, en medio del trastorno general de las riquezas, causado por el descubrimiento del Nuevo Mundo y por las guerras, ocuparse en

(6) De Amiens, 15 abril de 1596.